

saberlo Maximiliano, corrió con Miramon y Mejía a la plaza principal de la ciudad, y convenciéndose de la imposibilidad de hacer resistencia, entregóse a sus enemigos.

Ni Maximiliano ni el mundo se hicieron ilusiones sobre la suerte que le esperaba. Fué en vano que los Estados Unidos y las potencias europeas se interesaran por él. El mismo Maximiliano solicitó, sin resultado, una entrevista con Juárez y también le suplicó por escrito que se contentaran con su sangre, dejando libres a Miramon y Mejía. Un consejo de guerra condenó a los tres a muerte, principalmente en atención al decreto del 3 de octubre de 1865, y el 19 de junio fué ejecutada la sentencia en Querétaro. El cadáver de Maximiliano fué entregado al emperador de Austria a su solicitud y llevado a Austria por la fragata *Novara*, que tres años antes había conducido a los nuevos emperadores a Méjico. Los restos mortales de Maximiliano fueron depositados el 18 de enero de 1868 en la iglesia de los Capuchinos de Viena.

Para Napoleon fué un golpe igualmente duro el fin trágico de su protegido y el mal éxito de toda la empresa. Tuvo que reconocer en su interior que ninguno de sus propósitos había salido conforme a su deseo. Ni siquiera había conseguido el pago de las reclamaciones que habían dado pretexto para la guerra. Hasta la caída del imperio molestó Jecker al gobierno con sus reclamaciones y con amenazas de revelar la participación de Morny y de otros hombres de Estado en este negocio. Al propio tiempo los empréstitos mejicanos realizados bajo la protección del gobierno francés, habían costado al país grandes capitales, y además se habían gastado en la expedición trescientos millones. Peores resultados había obtenido el emperador en sus propósitos políticos y mercantiles, pues ni había conseguido encauzar el creciente poder de los Estados Unidos ni robustecer la raza neo-latina en América, ni menos dar a la Francia en aquella parte del mundo una influencia preponderante. La exportación francesa a Méjico, que durante algún tiempo se había aumentado, disminuyó ya en 1866 y acabó por amenazar con su completa extinción. ¡Cuán lejos estaba el tiempo en que Rouher había visto en esta expedición el pensamiento mas grande del imperio! ¡Y cuán justificada pareció la oposición que constantemente había censurado la empresa, y que por lo mismo había sido tratada como enemiga malévol! Por supuesto también la oposición había incurrido en exageraciones é interpretaciones erróneas, como cuando declaró por única causa de la política pacífica de Napoleon en 1866 la debilidad del ejército francés por causa de la expedición mejicana. El ministro de la Guerra de Francia, Randon, seguramente tuvo razón cuando dijo en su defensa, escrita en 1867 y publicada en octubre de 1870, que una disminución de treinta mil hombres poco mas ó menos (fueron solo 28,693 los que en treinta buques regresaron de Méjico en la primavera de 1867) no podía haber imposibilitado al ejército francés de emprender otra guerra, y que solo se habían enviado cuarenta y ocho cañones cuando la Francia poseía en total veinte mil. Por lo demás habían sido tropas escogidas las empleadas en la expedición de Méjico, sacadas de todos los cuerpos, por cuya razón siempre disminuyeron el mérito militar; y luego resultó el peligro de que en cualquiera complicación europea los Estados Unidos tomaran una actitud hostil y se suscitara una guerra de importancia incalculable. En efecto, durante algún tiempo meditó Napoleon proyectos ofensivos, y cuando menos estaba dispuesto a arrostrar las consecuencias que pudiera ofrecer el reconocimiento de la confederación del Sur, a la cual favoreció constantemente hasta el punto de comunicar por medio de Mocquard á Slidell, agente de los confederados en Paris, un despacho inter-

ceptado dirigido por el embajador de los Estados Unidos en Londres a su colega en la capital francesa. Esto sucedió en abril de 1863, cuando el interés de Napoleon por los planes americanos empezaba ya a amortiguarse en vista de la posibilidad de las grandes complicaciones europeas a que podía dar lugar la sublevación de Polonia. En el resto del año se esforzó visiblemente en reducir las esperanzas exageradas de la confederación del Sur, que él mismo había despertado y alentado; y hasta prohibió a exigencias del gobierno de la Union la entrega a la confederación del Sur de los buques construidos por Arman con permiso suyo. Al leer las reconvenções que el ministro de Negocios extranjeros de la confederación hizo a la política francesa en un despacho dirigido á Slidell en 20 de setiembre de 1864, no se puede menos de creer que el emperador de los franceses fué el mejor amigo que tuvo la Union, y sin embargo, precisamente en aquel tiempo meditaba Napoleon el proyecto de reconocer la confederación en caso de que el general Lee consiguiera apoderarse de Washington, cosa que consideró muy segura. Los triunfos decisivos que alcanzaron las armas del Norte desvanecieron estos proyectos para siempre, y cuando la Union recobró rápidamente sus fuerzas, después del derrumbamiento de la confederación, Napoleon temió la posibilidad de un conflicto militar con los Estados Unidos, temor que paralizó su libertad de acción en la política europea. Así puede explicarse acaso la solicitud seguramente prudente, pero de todos modos vergonzosa, que mostró Napoleon por acceder a los deseos de los Estados Unidos respecto de Méjico, sin esperar que aquella potencia los expresara siquiera, y así abandonó al infortunado Maximiliano.

Aunque a este precio consiguió apartar las consecuencias mas amenazadoras de su política americana, fué siempre evidente que había perdido en el transcurso de su empresa y principalmente por ella la preponderancia política que antes había tenido en Europa, y que en adelante, en el caso mas favorable, tenía que compartirla con el gran hombre de Estado que en estos años se había elevado en Alemania. Lo peor para Napoleon no fué solamente la disminución del poder relativo de la Francia, consecuencia inevitable de la constitución de la confederación alemana del Norte, sino el hecho indudable de que su crédito personal había disminuído en el concepto general del mundo. La sabiduría política insondable que se le había atribuído durante una serie de años, se había estrellado miserablemente en Méjico; sus disposiciones indecisas y su retirada final, habían dejado mal parada su fama de hombre consecuente y enérgico en sus planes; y la ya menguada confianza que inspiraban sus palabras, había quedado destruída completamente por la manera con que había tratado a Maximiliano. Triunfos extraordinarios en su política europea habrían podido debilitar y aun borrar estas impresiones, si no ante la historia, por lo menos ante sus contemporáneos; pero desde el año 1863 no obtuvo ya ninguno de estos triunfos. En nada fué ya feliz; y cuando después del primer fracaso sensible en el asunto de Polonia, quiso hacer olvidar la derrota por medio de un paso enérgico invitando a las potencias a un congreso en Paris, como hemos dicho al hablar del asunto polaco, tuvo que conocer que ya no tenía como antes en sus manos los hilos de la política.

## CAPITULO XII

### OSCILACIONES DE LA POLÍTICA EUROPEA

«Los tratados de 1815 ya no existen. La fuerza de los sucesos los ha derribado ó está ocupada en derribarlos. Casi

en todas partes han quedado infringidos: en Grecia, en Bélgica, en Francia, en Italia y en el Danubio. La Alemania se agita para modificarlos; Inglaterra los ha modificado ya cediendo magnánimamente las islas Jónicas; la Rusia los pisotea en Varsovia. En medio de esta descomposición paulatina del tratado que estableció los fundamentos del equilibrio de Europa, se inflaman las pasiones excesivamente, y en el Sur como en el Norte piden solución poderosos intereses. ¿Qué hay, pues, mas justificado y mas racional que

invitar a las potencias europeas a un congreso en el cual desaparecieran el amor propio y la resistencia ante un areópago supremo?»

En estos términos anunció Napoleon al mundo en su discurso del trono del 5 de noviembre de 1863, su invitación al congreso, enviada el día antes a las diferentes potencias. A continuación expuso difusamente la necesidad de disminuir los insostenibles gastos que ocasionaban los ejércitos, la confianza en una paz duradera, el desaliento de los partidos



La gran sala del palacio imperial de Méjico (según fotografía)

revolucionarios; en fin, pintó como fruto de su proposición un estado de cosas capaz de satisfacer los intereses bien entendidos de los soberanos y de los pueblos, y poco faltó para que fundase su esperanza de ver aceptada por todas las potencias su invitación en la sospecha de que una conducta contraria indicara la existencia de planes ocultos que temieran presentarse a la luz del día. El gobierno inglés no se dejó imponer por esta sospecha, y antes de acceder a la reunión del congreso, pidió explicaciones precisas respecto de las cuestiones que el gobierno francés se proponía presentar en él. Drouyn de Lhuys señaló como las mas importantes la polaca, la danesa, la oriental, la italiana y la romana, y dijo que las conferencias podrían conducir a la resolución del desarme general de las potencias. Se abstuvo, por lo demás, de presentar soluciones concretas, expresando su convicción de

que la reunión de un congreso era el único camino para llegar a una paz duradera.

Recibida esta contestación, declaró lord John Russell en una nota muy cortés pero muy decisiva, fecha 25 de noviembre, que el gobierno inglés no podía participar de las esperanzas del emperador; que congresos generales presuponian guerras prolongadas como la de los treinta años y las napoleónicas de principios de este siglo, pues todo el mundo cansado de matanzas y exhausto de recursos estaba entonces dispuesto a hacer concesiones y sacrificios; pero que en el momento ni la Rusia ni el Austria ni ninguna otra potencia estaría dispuesta a renunciar a ningún territorio sobre el cual tuviera algún derecho, por manera que era de prever que muchos miembros del congreso se retirarían en peores condiciones que aquellas en que se hubieran reunido, por cuya